

concebir halagadoras esperanzas y dándonos brillantes promesas.

En casi todos se advierte, por dicha, que persiste claro é indeleble el sello de nacionalidad, á pesar de la depresión de los ánimos, del humilde menosprecio de lo castizo, de la más íntima y frecuente comunicación con los escritos extranjeros y del entusiasmo poco crítico con que se acogen las novedades intelectuales, por desatinadas ó estrafalarias que sean, con tal de que vengan de París ó traigan el marchamo de París y estén de moda.

XI

Contribuye más que nada á la conservación del buen gusto indígena y de la mental independencia española la erudita escuela literaria, de la que en el día de hoy podemos considerar como egregio y principal maestro á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ya hemos celebrado como poeta, y que ha entrado en el nuevo siglo en lo mejor de su edad, y con toda la sana y brillante lozanía de un ingenio que puede y debe servir de guía y de norte á los otros.

La poesía lírica y épica, á la que aquí debemos limitarnos, sigue hasta hoy teniendo en España no pocos dichosos cultivadores. Me atreveré á nombrar á algunos, aunque se me acuse de que en mi predilección entra por más la amistad que la justicia. En Sevilla D. Francisco Rodríguez Marín, docto jurisconsulto además, é infatigable investigador y hábil escritor de nuestra historia literaria; en Valencia, el notable estadista D. Teodoro Llorente; en Málaga, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LEÓN"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

novelista D. Arturo Reyes; en Puente Genil, D. Manuel Reina, ingenioso autor de *Vida inquieta*, *Poemas paganos*, *El jardín de los poetas* y algunas otras colecciones de versos, dignos todos de muy cumplidas alabanzas y de más detenido examen del que podemos aquí dedicarles; y en las Baleares, á pesar de la inclinación que, tanto en aquellas Islas como en Cataluña, hay ahora á escribir en dialecto ó lengua regional, don Juan Luis Estelrich, D. Juan Alcover, y sobre todo el presbítero D. Miguel Costa, cuyo mérito no vacilo en calificar de extraordinario. Inspiradas y bellísimas son no pocas de sus composiciones, como *El pino de Formentor*, *En las catacumbas de Roma* y *Adiós á Italia*, composición esta última donde la melodía del metro latino, la concisión clásica y la abundancia de imágenes y de ideas igualan, si no exceden, á lo mejor de las *Odas bárbaras* de Josué Carducci.

Apenas me atrevo á proseguir formando el catálogo de los poetas líricos que florecen ahora, temeroso, ya de que alguien me le tilde de incompleto, ya de que me acuse de incluir en él personas, nombres y obras que deben caer en olvido.

Nombraré aquí, sin embargo, á algunos poetas líricos, de cuyo valer estoy persua-

dido, y sobre quienes el público, á pesar de su fría indiferencia, va confirmando mi juicio con su favor y aplauso. Es uno don Emilio Ferrari, autor de un bello poema sobre el casamiento de los Reyes Católicos, de no menos bellos fragmentos de otros dos poemas, *Abelardo é Hipatia*, que no creo estén terminados aún, y de varias ingeniosas composiciones líricas, cinceladas con atinado esmero, y donde, como en *Aspiración*, lo simbólico se combina hábilmente con lo descriptivo. Y es otro D. José Alcalá Galiano, á quien maltrata sin piedad el P. Blanco García, dejándose llevar, á mi ver, de celo religioso y de vehemente espíritu de partido, pero á quien ensalzan otros dos escritores de mayor autoridad y crédito con el gran público: Manuel de la Revilla y Benito Pérez Galdós. Don José Alcalá Galiano posee, en mi opinión, clarísimo entendimiento, delicada sensibilidad y viva fantasía. Ha leído mucho y ha estudiado bastante. Es notable su aptitud para hablar y escribir varios idiomas, y en francés y en inglés compone versos tan correctos y tan elegantes como en castellano. Sus traducciones á nuestra lengua de algunos dramas de Byron, como el *Sardanápalo* y el *Manfredo*, se recomiendan más por la fidelidad

que por la belleza de la dicción poética; pero debe valerle como disculpa que en la lengua inglesa, de que traduce, no hay tan marcada distinción como en la nuestra entre la prosa y el verso, por donde á menudo el que traduzca tendrá que ser infiel para no parecer prosaico. En la traducción de los *Cantos* de Leopardi, hecha también por Galiano, persiste la fidelidad sin el defecto del prosaísmo. Las poesías amorosas de Galiano no entran en la cuenta que forma el P. Blanco García antes de emitir su juicio. Y es esto muy de lamentar, porque lo delicado y fervoroso de los sentimientos que allí muestra el poeta hubieran cautivado el ánimo del Padre, moviéndole á aplaudir en vez de mostrarse severo. Es curioso fenómeno, aunque frecuente, que se perdone y hasta se aplauda al librepensador, si es pesimista y está desesperado, y que se abomine del librepensador, que no es ó que se cree que no es pesimista, sino que espera y confía en la progresiva elevación del humano linaje. Así el P. Blanco García, indulgente para Leopardi, es muy severo para Galiano, reprobándole más por progresista que por incrédulo.

Además de los versos serios, siendo, en mi sentir, los mejores los que compuso cuando

pretendía y andaba enamorado de la que luego fué su mujer, hay de Galiano un tomito de ligeras y muy graciosas composiciones satíricas, titulado *Estereoscopio social*, cuya discreción y cuyo chiste encomia Pérez Galdós, en un extenso, bien escrito y razonado prólogo.

Otro poeta, cuyo nombre no debo pasar en silencio en este breve trabajo, es D. Salvador Rueda. Su viva imaginación y sus apasionados sentimientos y constante amor á las Bellas Artes le habilitan para subir muy alto, y se muestran ya con brillantez, así en las novelas que ha escrito en prosa, como en *El bloque*, *Flora*, *El César*, *En tropel*, *Cantos de la vendimia* y otras versificadas composiciones. Lo que yo pienso sobre Rueda, escrito y publicado está desde hace tiempo en dos extensas cartas que le dirigí y que llevan por título *Disonancias y armonías de la moral y de la estética*. No es esto afirmar que note yo en todas las obras de Rueda la misma propensión que en dichas cartas censuraba: es afirmar solamente que la docilidad algo irreflexiva con que Rueda se deja guiar por hábiles aunque peligrosos maestros, y se deja seducir por lo que llaman modernismo, decadentismo, simbolismo y otras modas parisinas, le

perjudica en extremo y suele embotar la agudeza de su ingenio y torcer la dirección, cuando no abatir el vuelo de sus raptos líricos para que se pierdan ó desvanezcan en el aire sin llegar al punto en el que puso el poeta ó quiso poner la mira.

Salvador Rueda acierta cuando se fía de su propio sentir y pensar, no imitando á nadie ó imitando á sus compatriotas, á quienes conoce ó debe conocer mejor que á los extraños, y no buscando lo nuevo y lo inaudito en lo exótico y exagerado, sino en lo natural y propio de su íntimo ser. Cuando á esto se limita, es un agradable y tal vez excelente poeta. Apártese, pues, de los propósitos audaces á que le induce Rubén Darío en el pórtico de *En tropel*. Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes de humanas sirenas*; arroje al suelo el yelmo de acero, *el broncineo olifante* y los demás trastos que su amigo le regala; y tenga por cierto que entonces, aun sin llegar á ser un *homérida*, tendrá distinguido asiento entre los inmortales de nuestro parnasos y en la república de las letras españolas, la cual quiere y debe conservar su independencia sin someterse á ningún emperador traspirenáico, por florida que tenga

la barba. Nadie dirá entonces de Rueda, por glorioso que venga á ser:

Fué aborrecido de Zoilo, el verdugo;
Fué por la gloria su estrella encendida,
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

Aunque sea repetir hasta la saciedad lo que ya he dicho mil veces, repito que no deploro ni condeno yo que prestemos atención en España á las corrientes del pensamiento humano que vienen de fuera. Lo que yo deseo es que se haga esto con circunspección, previo examen y detenido juicio. Por lo demás, yo entiendo que hasta las más opuestas doctrinas valen para inspirar á los poetas cuando éstos las sienten y las comprenden bien, y las expresan con tino y primoroso esmero.

De dos poetas había yo dejado de tratar, cuyos nombres quiero y debo recordar ahora, ambos desesperados por opuestos motivos. El uno, D. Gabino Tejado, discípulo de Donoso Cortés, considera á la humanidad, sin religión en el día, tan aborrecible y tan malvada que pide á Dios devotamente que la destruya. Según declara en un furibundo soneto, Dios tarda ya demasiado en derramar á ríos su ira sobre este corrom-

pido mundo, y en acabar con la vida de todo sér humano. Y el otro, D. Joaquín M. Bartrina, no cree ni en el mundo, ni en el hombre, ni en Dios, ni en nada, y muestra una desesperación mayor, si cabe; pero la muestra con tanto ingenio y con tanta variedad de tonos, que nos deleita y que no nos lastima cuando nos guardamos de darle crédito.

Yo prefiero, con todo, á los poetas mejor avenidos con la Providencia y con el humano linaje, para quien vaticinan un porvenir risueño, divertido y deleitoso. Por esto, y porque manifiesta sus esperanzas con rara elocuencia, aunque con bastante desorden y con exuberante riqueza de estilo, he celebrado yo, días há, á cierto joven poeta, catalán también como Bartrina. Don Eduardo Marquina es el poeta á quien aludo, atreviéndome á pronosticar que será muy estimable su labor si no se amanaera. De todos modos, y aunque extrememos el principio del arte por el arte, ajustando á él nuestro criterio, todavía repugna que poéticamente se cifre la bienaventuranza y se ponga el mayor bien de la tierra y de las edades futuras, en los goces materiales, en la satisfacción de un erotismo frenético, en retozos, en bacanales y en vendimias de

nueva laya, en las que muchachos y muchachas han de revolcarse desnudos en el lagar, y han de salir embadurnados de mosto. Cuando D. Eduardo Marquina reniegue de culto tan exclusivo y singular de Venus y de Baco, y consagre á númenes más espirituales su resonante lira, de esperar es que figure en muy alto lugar entre nuestros buenos poetas.

Nombraré aquí, por último, para terminar esta larga revista y no fatigar demasiado á mis lectores, á los tres poetas líricos que en mi opinión, y en el concepto elevadísimo que el público tiene de ellos, marchan en primera fila entre los que han pasado del siglo XIX al siglo XX. No me detendré á juzgar sus obras, porque las de cada uno de ellos exigiría artículo aparte. No me adelantaré tampoco á compararlos para medir la relativa alteza de cada cual. Baste asegurar que los tres la tienen, aunque sean muy distintos por las condiciones de su ingenio y de su carácter.

Es uno el jovial y discretísimo D. Manuel del Palacio. Su fama de chistoso le ha perjudicado harto injustamente, como poeta de mayor elevación y transcendencia. El vulgo, que celebra y ríe cuanto él dice de broma, no siempre aplaude como

merece lo mucho y bueno que seria y gravemente ha escrito.

Grande estimación merecen sus *Leyendas y poemas*, cuyo estilo es más correcto y sobrio que el de las narraciones de Zorrilla, y no cae nunca en el prosaísmo en que suelen caer los pequeños poemas de Camoamor. Casi siempre la clara nitidez con que Palacio cuenta y describe, presta singular hechizo á sus historias en verso, hasta á las que rayan en extravagantes de puro fantásticas, como *El puñal del capuchino*. Su dominio del idioma, y su maestría y facilidad en versificar, si bien se advierten en lo narrativo, como en la poética leyenda titulada *Imposible*, todavía aparecen mejor y se adornan con más ricas galas en otros poemas que más bien son descriptivos y líricos, como *Los vientos* y *La primavera*. Es tanta la variedad de tonos con que canta la musa de Manuel del Palacio, que el lector vacila y no acierta á decidir cuál le suena mejor. Yo de mí sé decir que si bien oigo leer con deleite, por ejemplo, el atinado y entusiasta elogio de Murillo ó la hermosa y fiel pintura de la melancólica y severa campiña de Roma, todavía celebro y aplaudo más el desenfado y la gracia de este poeta cuando desata la vena satírica y la

deja correr libremente, como en *Los envidiosos*.

La compendiosa y firme exactitud con que Manuel del Palacio expresa sus pensamientos le hace apto, como á pocos, para lo epigramático, debiendo entenderse aquí por epigrama lo que este vocablo significa en su más amplio sentido: composición poética breve en que, con precisión y agudeza, se expresa un solo pensamiento principal, aunque no siempre sea satírico ó festivo. En esta clase de composiciones, ya tristes, ya alegres, campea y triunfa el ingenio de este poeta. Así sus sonetos, sus chispas, sus coplas y sus breves madrigales, finas galanterías y delicados requiebros dedicados á las damas y escritos ya en un álbum, ya en un abanico. Al leer la colección de versos titulada *Huelgas diplomáticas*, se tiene por indudable que su autor, Ministro de España en Montevideo, hubo de hacerse popularísimo en aquella República, y ganarse la voluntad amistosa de todos, y especialmente de las agradecidas y tan gentilmente lisonjeadas señoras y señoritas uruguayas.

Otro de los poetas que capitanean y guían el estol triunfante ó la pompa parnasiana, que ha salvado los límites del siglo

pasado penetrando en el que ahora vivimos, es D. Federico Balart, conocido y estimado desde hace mucho tiempo como elegante, correcto y castizo prosista, y como erudito y juicioso crítico de Bellas Artes y literatura. Su buen gusto, su extenso y variado saber y su espíritu reflexivo, ordenan y dirigen los ímpetus de su vehemente sensibilidad y ponen á su inspiración el freno del recto juicio. Es notable la tersura de su estilo. En sus versos hay claridad y precisión. Poco ó nada huelga en ellos, y no por eso se advierte el esfuerzo que pudo costar el escribirlos, ni se ven las huellas de la lima que tal vez se empleó en acicalarlos. Fáciles y llanos son todos. En ellos se expresan los pensamientos con la misma exactitud dialéctica que cabe en la prosa, y sin embargo, el lenguaje de que se valen es digno siempre de la poesía.

Tales prendas contribuyeron, sin duda á que el libro de versos titulado *Dolores*, y publicado diez ó doce años há, tuviese el más extraordinario éxito de librería que ha tenido en España en estos últimos tiempos obra alguna de poeta.

Más que por la forma, con ser de tanto precio, valió para el triunfo del Sr. Balart lo inusitado y simpático del asunto de *Dolores*.

Lo que es yo, no recuerdo el nombre de ningún poeta viudo que con tanta insistencia, primor y verdadera tristeza haya lamentado la muerte de su esposa. Petrarca llora y lamenta la de Laura, pero no se había casado con ella. Menester es ir subiendo contra la corriente de los siglos para hallar algo semejante en el casi, ó sin casi, mitológico Orfeo. No da esto muy favorable testimonio del amor conyugal en los sacerdotes de las musas, pero debemos decir la verdad ante todo.

Sobre el mérito que da á *Dolores* la indicada rareza hay otras cualidades más altas y no menos raras, que añaden muchos quilates al oro de las bien labradas joyas que el mencionado libro contiene. El amor á la mujer legítima, cuya muerte el poeta lamenta, es espiritual, puro y limpio, sin dejar de ser fervoroso. Es el bello ideal del amor en el matrimonio cristiano. No se confunde con la amistad, ni con los afectos que nacen de otros lazos de familia, ni tampoco con cualquiera de los demás amores. Es el amor que la mujer, así por su belleza corporal como por la de su alma, puede y debe inspirar al hombre que legítimamente la posee; pero todo ello, merced á un arte refinado y á un tino exquisito, se manifies-

ta en *Dolores* con recatada pulcritud, sin que se apague ó aminore el fuego de la pasión por austeridad mentirosa.

Nace, por último, el mayor hechizo del libro *Dolores* de la gratitud sinceramente sentida que el poeta consagra á su mujer, declarando y reconociendo la alteza de un beneficio que le debe. Consiste este beneficio en la transfusión vivificante y beatificante de la fe religiosa que se ha realizado en el alma del poeta por virtud del contacto íntimo, entrañable y puro con el alma de su consorte. De aquí la suave y santa melancolía de que todo el libro de *Dolores* está impregnado. Anhela el poeta morir, mas no por desesperación, sino por esperanza: por el profundo convencimiento de que hay otra mejor vida futura, y de que en el cielo volverá á ver á la que amaba, á gozar en espíritu de sus castos amores, á recobrar con creces el bien perdido, y á contemplar, hasta donde cabe en el limitado entendimiento del hombre, la inefable hermosura del Sér infinito, hermosura que, reflejándose en la mujer amada, la hará incomparablemente más bella que en esta vida mortal.

La renacida fe del poeta difunde claridad y presta brío y calor á sus versos, así en *Dolores* como en otro libro que dió á la es-

tampa después con el título de *Horizontes*. Disipadas por luz de origen sobrenatural las nieblas de la duda, las consoladoras creencias iluminan sus escritos, y son afirmadas sin vacilación y con energía. Y aunque el amor de la esposa sigue prevaleciendo, no es exclusivo, como no es exclusivo el amor de Dios en los místicos, sino que trasciende y se esparce sobre cuantas son las cosas creadas. Así, hay en *Horizontes* bellos é inspirados elogios al progreso de las ciencias, y á la vencedora civilización de los pueblos europeos y católicos, y hay también vivas muestras de ardiente patriotismo y serena confianza en un porvenir de nuestra nación y de nuestra raza menos sombrío que lo presente.

Don Gaspar Núñez de Arce es el último poeta de que queremos tratar, acaso porque, en opinión de la mayoría de las personas que hoy gustan de versos y los leen, es el primero de los que ahora viven y continúan escribiendo. Su inicial inspiración es subjetiva casi siempre. Lo que escribe es conversación interior y examen de conciencia antes de ser discurso, cuya sinceridad está siempre patente; sus dudas, los problemas que plantea y cuya solución busca; sus celos y temores y sus elevadas esperanzas,

suelen ser trascendentales; sentidos con mayor ó menor profundidad, y comprendidos con lucidez más ó menos clara, agitan el espíritu de casi todos los hombres pensadores, nuestros contemporáneos.

Las composiciones amatorias de Núñez de Arce son, por cierto, muy bellas. ¿Quién no lo reconoce y confiesa al leer el *Idilio*? La dulce melodía que en sus cantos pone el amor de la mujer se desvanece con todo y deja de oirse, perdiéndose en la enérgica resonancia que dan á su voz y á su lira otros menos personales pensamientos y pasiones. El amor de la patria, el anhelo de libertad y de progreso para el humano linaje, y la aspiración constante á la verdad, á la hermosura y al bien infinitos, son el perenne é inexhausto venero donde recoge este poeta el licor delicioso y salubre con que deleita y conforta las almas, ofreciéndole en áurea copa, que su rica imaginación y su arte esmerado forjan y esmaltan.

La duda y el temor que asaltan á menudo al poeta, acaban siempre por disiparse, ó más bien se convierten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza, y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la

estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!,

brinda á su patria, abatida y triste, bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico á la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas á la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente, han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal de que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas é instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos, pero ningún cataclismo, por tremendo que sea,

... Hará temblar la incommovible base
De la admirable catedral inmensa,

Como el espacio trasparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

La plena y omnímoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia, ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Como el poeta canta y debe cantar excitado por el estro y movido por entusiasmo ardiente y generoso, nadie, y yo menos que nadie, nos atreveremos á tildarle de inconsecuencia. Basta que sea consecuente en cada uno de sus momentos de inspiración, en cada una de sus poesías. Conviene, con todo, hacer constar el desacuerdo del *Sursum corda* con no pocas otras composiciones, y especialmente con las contenidas en los *Gritos del combate*. No sé por qué ha de quedar lanzada, y no ha de ser recogida, la maldición contra Voltaire con que termina el magnífico soneto que le dedica el poeta. En los versos á Darwin sería menester moderar el furor del poeta contra el transformismo, ya que en el *Sursum corda* le da por posible, aunque no por probado, pues llama al hombre

Adán caído ó transformada fiera,

añadiendo luego, como buen librepensador:

(¿Quién su origen conoce?)..

Por lo demás, los versos á Darwin son, como todos los de D. Gaspar, no menos preciosos que apasionados. De su lectura entiendo yo que nace un muy singular sentimiento. Está el poeta tan enojado contra la sociedad, contra nuestra descarriada civilización y contra los crímenes y maldades de ahora, y nos pinta tan perverso, tan vicioso y tan infeliz al hombre de nuestros días, atormentado por dudas, remordimientos, codicias y otras viles pasiones, que, á mi ver, lejos de avergonzarse este hombre de descender del mono, debiera ser el mono quien se avergonzara de haberse humanado. La ironía con que describe el poeta la existencia selvática de nuestro supuesto abuelo, bien pudiera tomarse por lo serio, y en vez de darnos asco, darnos envidia.

Ajeno á todo inescrutable arcano,
Nuestro Adán cuadrumano
En las selvas perdido y en los montes,
De fijo no estudiaba ni entendía
Esta filosofía,
Que abre al dolor tan vastos horizontes.
Independiente y libre en la espesura,
No sufrió la amargura

Que nos quema y devora las entrañas,
Dáble el bosque entretejidas frondas,
El río claras ondas,
Aire sutil y puro las montañas;
La tierra á su elección, como tributo
Dulce y sabroso fruto;
Música el viento susurrante y vago;
Su luz fecunda el sol esplendoroso;
La noche su reposo,
Y limpio espejo el cristalino lago.
En su pelliza natural envuelto,
Gozaba alegre y suelto
De su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
Y en su rústica estancia
Lo que la vida le duraba el traje.
Desconoció la púrpura y la seda,
No inventó la moneda
Para adorarla envilecido y ciego,
Ni se dejó coger, como un idiota,
Por una infame sota,
En la red del amor ó en la del juego.
No turbaron su paz ni su apetito
Este anhelo infinito,
Esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! Ni á pedazos le arrancó del alma
Su candorosa calma
El demonio implacable de la duda.
Y en esas lentas y nocturnas horas
Negras, abrumadoras,
En que la angustia nos desgarró el pecho,
Con tu mirada impenetrable y triste

Nunca te apareciste
¡Oh desesperación! junto á su lecho.
No buscó los laureles del poeta,
Ni en su ambición inquieta
Alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno,
No fué rey ni tribuno,
¡Ni siquiera elector! ¡Dichoso mono!

¡Dichoso mono! hay que exclamar con el poeta si formamos como él, en momentos de mal humor, tan deplorable concepto del hombre civilizado. Por fortuna, D. Gaspar lo entiende de muy diverso modo, cuando su ira poética no le enajena. Entonces piensa lo justo, y hasta en el verso,

Adán caído ó transformada fiera,

pondría aclaraciones y distingos si cupiesen en el vehemente idioma de la poesía. Cierto que importa lo mismo, ó que tal vez da una idea más sublime y menos antropomórfica de Dios, que el hombre corporal aparezca por una serie de evoluciones de las substancias orgánicas y que no salga inmediatamente del barro; pero esto ha de entenderse presuponiendo que, cuando hubo ya un cuerpo digno del alma humana, Dios la infundió en él, creándola á su imagen y semejanza, y fundando así en realidad otro

reino distinto del reino animal: el reino humano. Pero, aun prescindiendo del espíritu y limitándonos al cuerpo, todavía cuesta muchísimo trabajo el figurarse, aunque sea someramente y sin observaciones anatómicas, cómo desde el mono más bonito y perfecto, y por qué multitud de ensayos y de criaturas intermedias, han llegado á mostrarse en el mundo Friné y Alcibiades, y los mancebos y las muchachas que sirvieron de modelo al Apolo del Belvedere y á la Venus de Milo.

Como quiera que ello sea, lo que no se puede negar es la alta significación de Núñez de Arce, egregio poeta, propio de la edad en que vivimos. Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy á la humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, y la explican, y la justifican, y hasta la hacen merecedora de aplausos, ya que no los resuelva, los presenta á nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes y en versos sonoros, correctos y casi siempre sobrios.

Contra los que sostienen que la forma poética está llamada á desaparecer, hay otros pensadores, entre los que sobresale el

filósofo y notable poeta italiano Antonio Fogazzaro, que pronostican un porvenir maravilloso para la poesía, y prevén el advenimiento próximo de un vate ó de varios que descubran y enseñen grandes verdades, que señalen á la humanidad nuevos caminos, que columbren y muestren espléndidos y luminosos horizontes, y que vengan á ser al fin, con toda la superioridad y la riqueza de pensamientos que treinta ó cuarenta siglos han traído consigo, lo que fueron los poetas civilizadores y gloriosos de las primitivas edades y de los albores de la Historia. Antonio Fogazzaro, si no reconoce ya como nacido á ninguno de estos poetas, docentes por todo lo alto, ve sus dignos precursores, los Bautistas de tales Mesías, en Schiller, Manzoni y Víctor Hugo.

Lo que es yo, me holgaría en el alma de que el pronóstico se cumpliera; pero, si he de hablar con franqueza, no advierto en toda la poesía extranjera y española del siglo XIX nada muy profundamente didáctico. Más que de didácticos, calificaría yo á no pocos poetas eminentes del pasado siglo de lo que ahora llaman *tendenciosos*, y que mejor acaso sería llamar concionantes. Esto no obsta para que consideremos posible la aparición del vate superior ya profe-

tizado. ¿Cómo negar que Dios Todopoderoso pueda suscitarle milagrosamente? ¿Por qué, ya que no reaparezcan las musas, no ha de reaparecer sobre la tierra el alado serafín que purificó con fuego del ara los labios de Isaías, y no ha de descender otra vez del cielo sobre algún predestinado mortal el espíritu que inflamó el corazón y que ilustró el alma de quien compuso el Libro de Job ó de quien escribió los Salmos?

Prescindiendo, con todo, de lo sobrenatural y mirando humanamente el asunto, la poesía docente, en el día de hoy, me parece en extremo difícil, entendida por tan sublime manera. Por eso me inclino del lado de los que sostienen el arte por el arte; pero como la materia, digámoslo así, de que para su labor se vale el arte del poeta es el pensamiento humano con todas sus elevaciones y con todas sus honduras, bien puede la poesía arrebatarse el espíritu de aquellos que la leen ó la oyen y la entienden á la cumbre más excelsa del mundo de las ideas, donde la hermosura, cuya creación fué su propósito, viene á identificarse, con el bien y con la verdad, en el seno de lo absoluto. En este sentido no hay, á mi ver, contradicción en creer en el arte por el arte, y en afirmar al mismo tiempo, no ya la mera

posibilidad, sino la real y cumplida existencia de la poesía docente, si docente queremos llamarla. En este sentido es docente, y más bien es concionante, la poesía de Nuñez de Arce. *El vértigo*, la *Selva oscura*, la *Última lamentación de Lord Byron* y *La visión de Fray Martín*, miradas las cosas dialéctica y razonadamente, enseñan muchísimo menos que cualquier discursito en prosa sobre cada uno de los mismos temas; pero dichos discursitos no es probable que arrebatasen el alma de ningún lector, como la poesía la arrebatara encumbrándola, enardeciéndola, ilustrándola y capacitándola para la contemplación soberana.

Hecha tal afirmación, y penetrando con el poeta en las encantadas regiones que él mismo ha creado, de sobra está que nos pongamos á argüir contra no poco de lo que dice: que notemos, por ejemplo, que no se saca muy en claro si condena ó si ensalza á Martín Lutero; si cree que la Reforma fué un progreso ó un retroceso, y si nació, en efecto, de la duda, ó si Fray Martín, en vez de dudar, negó resueltamente, ó por error de entendimiento ó impulsado por la antigua rivalidad del germano contra el latino.

Tiempo es ya de dar por terminada esta

revista de poetas del siglo XIX con el breve examen de sus obras. Todo ello corrobora en mí la convicción de que en dicho siglo, calificado de *positivo*, la poesía ha florecido tanto ó más que en cualquiera otra época, así en España como en las naciones extranjeras, y de que lo *positivo* no está ni estuvo nunca en contradicción con lo poético. Pocos pueblos son más positivistas que el inglés lo es ahora; y sin embargo, en pocos pueblos hay en el día mayor abundancia de buenos poetas ni más decidida afición á leerlos y á celebrarlos. No nos arredremos, pues, ni nos asustemos del estro poético de los españoles, recelando que por él se consuma nuestra actividad mental y nos falte para el comercio, la industria y la agricultura. ¿Por qué no ha de ir todo de acuerdo en vez de estorbarse? Ojalá que, así como se versifica muy bien, logremos en competencia realizar otras obras, si no tan bellas, más humildemente útiles.

Bueno es que nos queden algunas glorias y algunas aptitudes para consuelo en nuestra decadencia y para fundamento de esperanza en mejores días. Á menudo están en el arte el germen y el pronóstico de un porvenir dichoso, y á menudo es el arte la mágica lazada que para alcanzar ese porvenir

conserva á una nación estrechamente unida y con conciencia clara de que vive y de que al cabo resurge. Así Italia, dividida durante siglos, y hollada y dominada por los extranjeros, se mantuvo una por el pensamiento y por la idea, y logró, por último, ver su libertad y su unidad realizadas. Harto menos honda es ó ha sido la decadencia de nuestra nación, y bien podemos esperar que el restablecimiento de sus fuerzas sea más completo y más pronto, si no perdemos la confianza en sus altos destinos y si desecharnos la manía de considerar nuestra pasada historia, y cuanto en ella hubo de poético, como seductora leyenda que puede deslumbrarnos y extraviarnos.